

EL PELIGRO DE LAS RIQUEZAS **(Fiesta del Apóstol San Mateo)**

¡Hay de vosotros los ricos! Porque ya recibisteis vuestro consuelo (Lc 6,24)

A menos que estemos acostumbrados a leer el Nuevo Testamento desde la niñez, pienso que deberíamos estar muy impresionados con las advertencias que contiene, no sólo contra el amor a las riquezas, sino también respecto a su misma posesión. Deberíamos preguntarnos con algo de aquel asombro que sintieron al principio los Apóstoles, que habían sido educados en la idea de que las riquezas eran una gran recompensa que Dios concedía a los que amaba. Como están las cosas, por escuchar continuamente afirmaciones solemnísimas, hemos dejado de darles un significado claro, o bien, si en algún momento les prestamos más atención, pronto hablamos del asunto con cierta vaga imaginación, diciendo que la Escritura hace referencia a los tiempos cuando vino Cristo, sin intentar aplicarla precisamente a nosotros, o si realmente tiene esa aplicación, como si el hecho de requerir una interpretación cuidadosa y pensada, fuera una excusa para no hacerla.

Pero, aunque hayamos estado tan poco involucrados en las denuncias de la Escritura contra los ricos y el amor a las riquezas, el mismo carácter tremendo de las mismas debería haber sido suficiente como para no desatenderlas. Así como los cristianos meditan todavía con solemne atención en el diluvio, y el juicio sobre Sodoma y Gomorra, aún cuando tengamos la promesa de que el primero no va a volver a ocurrir, y la confianza de que nunca seremos abandonados de la gracia de Dios como para que caiga sobre nosotros el segundo. Y esta consideración puede llevar a alguien a sospechar que la negligencia en cuestión no brota enteramente de la despreocupación, sino de una suerte de duda acerca del asunto de las riquezas, como algo que no pudiera ser tratado por el mundo cristiano de hoy, segura y fácilmente. Es decir, un asunto del que no puede hablarse sin traer a la memoria la Ley de Dios y el orgullo de la vida en visible y perpleja oposición.

Veamos, entonces, lo que dice la Escritura sobre el tema. Considerad, por ejemplo, el texto “¡Hay de vosotros los ricos! Porque ya recibisteis vuestro consuelo”. Las palabras son suficientemente claras. No se podrá negar que hablan de las personas ricas del tiempo de Nuestro Salvador. Observemos toda la fuerza de la palabra “consuelo”. Se usa a modo de contraste con el consuelo que se promete a los cristianos en las Bienaventuranzas (Mt 5,4). Consuelo, en la plenitud de esa palabra, incluyendo ayuda, guía, estímulo, apoyo, es la promesa peculiar del Evangelio. El Espíritu prometido, que ha tomado el lugar de Cristo, fue llamado “el Consolador”. Hay, pues, algo verdaderamente terrible en el texto al indicar que los que tienen riquezas, por eso mismo, reciben su parte, tal como es, íntegra, en vez del Don celestial del Evangelio. La misma doctrina está implícita en las palabras del Señor en la parábola del Lázaro y Epulón: “Acuérdate, hijo, que tú recibiste *tus* bienes durante tu vida, y así también Lázaro los males. *Ahora él es consolado* aquí, y tú sufres” (Lc 16,25). En otra ocasión dijo a Sus discípulos: “¡Cuán difícilmente los que tienen riquezas entran en el reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios” (Lc 18,24-25).

Ahora bien, es usual disolver tales pasajes con el comentario de que están dirigidos, no contra aquellos que tienen riquezas, sino contra los que confían en ellas, como si en verdad no implicaran una *conexión* entre el tener y el confiar, como si no previnieran sobre la posesión *para que no* lleve a la confianza idolátrica, como si los poseedores no tuvieran necesidad de temor y ansiedad por miedo a naufragar. Y se supone que esta irrelevante distinción encuentra aprobación en el propio lenguaje de Nuestro Señor en una de las ocasiones referida más arriba, en la cual primero dice “Cuán difícilmente los que *tienen* riquezas”, luego, “Cuán difícilmente los que *confían* en las riquezas entrarán en el reino de Dios”. Pero seguramente sólo estaba quitando de Sus discípulos la falsa impresión de que la mera circunstancia de poseer riqueza era inconsistente con un estado de salvación, y antes hace esencial el *confiar* al *tener* que interpretar el *tener* por el *confiar*. Conecta los dos sin identificar, sin explicar. La simple cuestión para determinar es esta: si considerar probable que aquellos que tenían riquezas en la época de Cristo según Su juicio confiaban idolátricamente en ellas, es o no es razón para pensar que esta probabilidad varíe materialmente en diferentes épocas. Y, de acuerdo a la solución de esta cuestión, debemos determinar la aplicación a estos tiempos del mal anunciado en el texto. De cualquier modo, hay que señalar que son aquellos que dan a entender que estos pasajes no tienen aplicación hoy, quienes deben dar razones de su opinión. Ellos deben cargar con la prueba. Hasta que formulen distinciones claras y razonables entre el siglo primero y el nuestro, la censura pende sobre el mundo, es decir, tanto como sobre los fariseos y saduceos cuando llegó Nuestro Señor.

En verdad, que Nuestro Señor quiso hablar de las riquezas como una calamidad para los cristianos, queda claro no sólo por tales textos como los anteriores, sino, por otro lado, en sus frases y recomendaciones sobre la pobreza. Por ejemplo: “Vended aquello que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen” (Lc 12,33). “Si quieres ser perfecto, vete a vender lo que posees y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo” (Mt 19,21). “Dichosos los que sois pobres, porque es vuestro el reino de Dios” (Lc 6,20). “Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos...sino...convida a los pobres, a los lisiados, a los cojos, y a los ciegos” (Lc 14,12-13). Y de igual manera habla Santiago: “¿No ha escogido Dios a los que son pobres para el mundo, ricos en fe y herederos del reino que tiene prometido a los que le aman? (St 2,5). Cito estos textos a modo de doctrina, no de precepto. Cualquiera sea la línea de conducta que prescriben a tal o cual individuo (con lo que nada tengo que ver por el momento), queda muy claro que de acuerdo a la regla del Evangelio la ausencia de riquezas es, como tal, un estado más bendito y más cristiano que la posesión de las mismas.

El peligro más obvio que presentan para nuestro bien espiritual las posesiones mundanas es que llegan a ser, prácticamente, un sustituto en nuestros corazones de aquel único Objeto al que debemos nuestra devoción suprema. Ellas están presentes. Dios es invisible. Ellas son medios a la mano para lograr lo que queremos, pero si Dios escuchará nuestras peticiones de tales deseos es incierto, o mejor debería decir, cierto en la negativa. Por eso, las riquezas contribuyen a las inclinaciones corrompidas de nuestra naturaleza, prometen y pueden ser dioses para nosotros, y dioses tales que no requieren culto pero, como ídolos mudos, exaltan al fiel, le impresionan con la noción de su propio poder y seguridad. Y en esto consiste su principal y más sutil malicia. Los hombres religiosos son capaces de reprimir, más aún, de extirpar deseos pecaminosos, la lujuria de la carne y de los ojos, la glotonería, la embriaguez, y cosas por el estilo, el amor a la diversión, a los placeres frívolos y a la ostentación, a ser indulgentes con lujos de cualquier clase. Pero respecto a la riqueza no pueden librarse fácilmente del secreto sentimiento de que les da pie para elevarse, importancia, superioridad, y por consecuencia quedan atados a este mundo, pierden de vista la

obligación de llevar la cruz, se vuelven sombríos y de visión turbia, y perdida su delicadeza y precisión de tacto se les entumescen la punta de los dedos (por así decir) respecto de los intereses y porvenir religiosos. Arriesgarlo todo por la palabra de Cristo les parece algo antinatural, extravagante, que evidencia una mórbida excitación. Y la muerte, en vez de ser una amable, aunque tremenda, liberación, no es un asunto bienvenido para pensar. Se contentan con quedar como son, y no contemplan cambio alguno. Desean e intentan servir a Dios, y en verdad lo hacen en su medida, pero no con intensa sensibilidad, con el noble entusiasmo, la grandeza y elevación de alma, la sumisión y afección hacia Cristo que hace al cristiano, sino como los judíos pueden obedecer, que no tienen imagen de Dios que les haya sido dada excepto la de este mundo creado, “comiendo gozoso su pan, y bebiendo con alegre corazón su vino”, cuidando que “estén sus vestidos en todo tiempo blancos, y no falte en su cabeza el perfume, gozando de la vida con su amada esposa todos los días de su vida fugaz”, y “alegrándose del fruto de su trabajo” (Ecles 9,7-9; 5,18). No es, por supuesto, que el recto uso de los dones temporales de Dios esté mal, pero hacer de ellos el objeto de nuestros afectos, permitir que nos seduzcan y separen del Único Esposo con quien estamos desposados, es confundir el Evangelio con el judaísmo.

Esto era parte, si podemos arriesgarnos a decirlo, de lo que quería expresar Nuestro Señor cuando ponía juntos el tener y el confiar en las riquezas, y es especialmente apropiado considerarlo este día en que conmemoramos a un Apóstol y Evangelista cuya historia es un ejemplo y un estímulo para todos los que tienen, y temen que puedan confiar. Pero San Mateo estuvo expuesto a una tentación más, que voy a considerar, ya que no solamente poseyó riquezas sino que estaba ocupado también en buscarlas. Nuestro Señor parece advertirnos contra este peligro ulterior en su descripción de las espinas en la parábola del sembrador, que son “los afanes del mundo y el engaño de las riquezas” (Mt 13,22), y más claramente en la parábola del gran banquete, donde los invitados se excusan, uno de “comprar un campo”, otro “cinco yuntas de bueyes” (Lc 14,18-19). San Pablo habla aún más abiertamente en su primera carta a Timoteo: “Los que quieren ser ricos caen en la tentación y en el lazo y en muchas codicias necias y perniciosas, que precipitan a los hombres en ruina y perdición. Pues raíz de todos los males es el amor al dinero; por desearlo, algunos se desviaron de la fe y se torturaron ellos mismos con muchos dolores” (1 Tim 6,9-10).

El peligro de *poseer* riquezas es la seguridad carnal a la que llevan; el de *desearlas* y *buscarlas* es que se está poniendo ante nosotros un objeto de este mundo como el propósito y la finalidad de la vida. Parece ser voluntad de Cristo que sus seguidores no tengan propósito o fin, búsqueda o negocio, que sea meramente de este mundo. Aquí, nuevamente, hablo como antes, no a manera de precepto sino de doctrina. Estoy mirando hacia Su santa religión como a distancia, determinando cuál es su carácter y espíritu general, no lo que pudiera ser el deber de este o aquel individuo que la abraza. Es su voluntad que todo lo que hacemos lo hagamos, no para los hombres, o para el mundo, sino para Su gloria, y cuanto más capaces seamos de hacerlo simplemente así, más favorecidos seremos. Cuantas veces actuamos con referencia a un objeto de este mundo, aún cuando sea puro, estamos expuestos a la tentación (no irresistible, ¡Dios no lo permita!), de poner nuestros corazones en obtenerlo. De allí que llamemos a tales objetos *excitaciones*, que nos estimulan de modo incongruente, apartándonos de la serenidad y la estabilidad de la fe celestial, atrayéndonos por su proximidad fuera de nuestra armoniosa rutina de deberes, y convirtiendo nuestros pensamientos hacia algo desprovisto de aquello que es infinitamente elevado y eterno. Tales excitaciones ocurren siempre, y el sólo hecho de sufrirlas, lejos de involucrar culpa por el mismo acto o sus resultados, es el gran negocio de la vida y la disciplina de nuestros corazones. Es frecuentemente un pecado apartarse de ellas, como ha sido el caso de algunos que han ido a

los monasterios para servir a Dios más enteramente. Por otro lado, es el verdadero deber del director espiritual trabajar por el rebaño a él confiado, sufrir y arriesgar. San Pablo fue rodeado de excitaciones que brotaban de aquí, y sus escritos muestran el efecto de las mismas agitando su mente. Era como David, un hombre de guerra y sangre, y todo por nuestra causa. Aún así, bien dice que el espíritu esencial del Evangelio es “serenidad y confianza”, y que poseerlas es el don más alto, y ganarlas perfectamente nuestro principal propósito.

En consecuencia, por mucho que sea un deber sufrir estas excitaciones cuando vienen sobre nosotros, es claramente anticristiano, manifiestamente necio y un pecado, buscarlas por sí, sean seculares o religiosas. De aquí que el juego sea una ofensa tan grande, por crear presuntamente de nuestra parte una seria, o más bien, una arrolladora tentación de fijar nuestro corazón en un objeto mundano. De aquí el engaño de muchas diversiones, de lo que se suele llamar la moda del momento, que están inventados con el verdadero propósito de captar los pensamientos y hacer pasar el tiempo. Muy contrario es el temperamento cristiano, que está ocupado en ese ordinario e invariable curso de obligaciones que Dios manda, y que el mundo llama aburridas y fastidiosas. Emplearse día tras día en lo mismo y sentir felicidad en ello, es la gran enseñanza del Evangelio, y cuando queda demostrado en aquellos que son concientes de la tentación de estar ocupados, implica un corazón apartado del amor de este mundo. Si bien es verdad que la enfermedad del cuerpo, como el cansancio de la mente, pueden ocasionalmente representar una carga para una vida tal, es también verdad que la indolencia, el egoísmo, la timidez, y otros malos hábitos similares, pueden adoptarse y preferirse como pretexto para descartar deberes más activos. Los hombres de mentes enérgicas y talentosas para la acción están llamados a una vida de aflicción. Son compensadores y antagonistas de los males del mundo, que nunca les hacen olvidar su lugar. Son hombres de lucha, y luchamos para obtener la paz. Son hombres de lucha, honrados ciertamente por la elección divina, que, en lugar de excitaciones momentáneas, descansan en la profundidad de sus corazones sobre la única visión verdadera de la fe cristiana. Son, después de todo, soldados en campo abierto, no constructores del Templo, no habitantes de aquellos “Tabernáculos apacibles” y especialmente benditos donde el fiel vive en alabanza e intercesión, y milita entre los deberes no ostentosos de la vida ordinaria. “Marta, Marta, tú te afanas y te agitas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María eligió la buena parte, que no le será quitada” (Lc 10,41-42). Tal es el juicio de Nuestro Señor, mostrando que nuestra verdadera felicidad consiste en estar desocupado para servir a Dios sin excitaciones. Rezamos especialmente por este don en una de nuestras oraciones Colecta: “Concédenos, Oh Señor, que el acontecer de este mundo sea pacíficamente ordenados por Tu gobierno, de modo que Tu Iglesia pueda servirte gozosamente en piadosa serenidad” (Cf. 1 Tim 2,2). Persecución, cambios civiles y cosas por el estilo, rompen la calma de la Iglesia. El privilegio más grande de un cristiano es no tener que ver con políticas mundanas, sino ser gobernado y someterse obedientemente, y aunque aquí nuevamente el egoísmo puede entrar sin ser sentido y llevar a un hombre a desatender asuntos públicos en los que se le pide participar, después de todo, tal participación debe considerarse como un deber, apenas como un privilegio, como el cumplimiento de la confianza deposita en él por el bien de otros, no como el disfrute de derechos (según hablan los hombres en estos tiempos de engaño), no como si el poder político fuese en sí mismo un bien.

Volviendo al asunto inmediato que nos ocupa, digo, pues, que es parte de la precaución cristiana ver que nuestras ocupaciones no se conviertan en persecución. Las ocupaciones son nuestra herencia, pero perseguirlas queda mayormente a nuestra elección. Podemos ocuparnos en los negocios del mundo sin perseguir fines mundanos, no perezosos en los negocios pero sirviendo al Señor. En esto consiste entonces el peligro de perseguir ganancias, como el

comercio y cosas semejantes. Es la más común y la más ampliamente extendida de todas las excitaciones. Es la que casi todos pueden consentir, más aún, por hacerlo serán alabados por el mundo. Y dura toda la vida, en lo cual difiere de las diversiones y placeres del mundo que tienen corta vida y se suceden unos a otros. La disipación de la mente que estas diversiones crean es en sí, por cierto, suficientemente miserable, pero mucho peor que esta disipación es la concentración de la mente en algún fin mundano que admite ser constantemente perseguido, y tal es la búsqueda de las ganancias. Y no es agravante de poca importancia que la ansiedad acompañe casi seguro a este mal. Una vida para obtener dinero es una vida de inquietud. Desde el principio existe una temible anticipación de pérdida que de varios modos deprimen y desestabilizan la mente, más aún, que la obsesionan hasta que el hombre encuentra que no puede pensar en otra cosa, y es incapaz de aplicar su mente a la religión por el constante torbellino de negocios en los que está envuelto. Es bueno que esto sea entendido.

Oiréis hombres que hablan como si el perseguir las riquezas fuera el negocio de la vida. Argüirán que por ley natural un hombre está atado a ganar un sustento para su familia, y que halla una recompensa en hacerlo, una inocente y honorable satisfacción que siente en la medida que añade una suma a otra y cuenta sus ganancias. Y quizás continuarán argumentando que es la verdadera obligación desde la caída de Adán “comer el pan con el sudor de su frente” con esfuerzo y ansiedad. ¡Qué extraño es que no recuerden la misericordiosa promesa de Cristo revocando esa maldición original y eliminando la necesidad de cualquier búsqueda real detrás de “la carne que perece”! En orden a que pudiésemos ser liberados de la esclavitud de la corrupción nos ha dicho expresamente que lo necesario para la vida nunca faltará a su fiel seguidor, igual que el alimento y el aceite de la viuda de Sarepta, que mientras que está atado a trabajar por su familia no necesita estar absorbido por el esfuerzo, que mientras está ocupado su corazón puede estar desocupado para su Señor. “No os preocupéis diciendo: ‘¿Qué tendremos para comer? ¿Qué tendremos para beber? ¿Qué tendremos para vestirnos?’ Porque todas estas cosas las codician los paganos. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo eso. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura”. (Mt 6, 31-34). Aquí se nos revela a la vez nuestro privilegio y nuestro deber, la dote cristiana de tener ocupaciones de este mundo sin perseguir fines mundanos. Y de acuerdo con el Divino Maestro están las palabras del Apóstol, que introducen un pasaje ya citado: “Nada trajimos al mundo, ni tampoco podemos llevarnos cosa alguna de él. Teniendo pues qué comer y con qué cubrirnos, estemos contentos con eso” (1 Tim 6,7-8). No hay excusa entonces para esa absorbente persecución de la riqueza que muchos hombres se permiten como si fuera una virtud, y que analizan como si fuera una ciencia. “Todas estas cosas las codician los paganos”. Considerad cuán diferente es la regla de vida que nos dejaron los Apóstoles. Dice San Pablo: “Lo que quiero decir, hermanos, es esto: el tiempo es limitado; resta, pues, que los que tienen mujeres vivan como sino las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que regocijan, como si no se regocijasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan del mundo, como si no usasen, porque la apariencia de este mundo pasa” (1 Cor 7, 29-31). “No os inquietéis por cosa alguna, sino que en todo vuestras peticiones se den a conocer a Dios mediante la oración y la súplica, acompañadas de acción de gracias” (Filip 4,6). Y San Pedro dice: “Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones, porque Él mismo se preocupa de vosotros” (1 Pe 5,7).

He dado la principal razón por la que perseguir las riquezas, sea de modo grande o pequeño, es perjudicial a nuestros intereses espirituales, y que fija la mente sobre un objeto de este mundo, pero quedan otras detrás. El dinero es una suerte de creación, y da al que lo adquiere, aún más que al que lo posee, una imagen de su propio poder, y tiende a hacer que se idolatre. Nuevamente, lo que hemos ganado duramente no somos deseosos de entregarlo, de

manera que un hombre que ha hecho él mismo su riqueza será comúnmente miserable, o al menos no se desprenderá de ella excepto en intercambio por algo que le de crédito o aumente su importancia. Aún cuando su conducta sea lo más desinteresada y afable, como gastarla para la comodidad de aquellos que dependen de él, aún así se insinúa su complacencia en sí mismo, su orgullo y mundaneidad. Es muy poco probable, pues, que sea liberal hacia Dios, pues las ofrendas religiosas son un desembolso sin retorno sensible, y en pos de fines que para los cuales la misma persecución de la riqueza le ha indispuerto. Más aun, si puede añadirse, existe una tendencia considerable en las ocupaciones conectadas con las ganancias a hacer a un hombre sucio en sus actos, esto es, de modo sutil. Hay tantas mentiras convencionales y prevaricaciones en los detalles del mundo de los negocios, tanta complejidad intrincada en el manejo de las cuentas, tantas preguntas perplejas acerca de la justicia y la equidad, tantos plausibles subterfugios y ficciones de la ley, tanta confusión entre las nociones distintas aunque aproximadas de honestidad y quehacer civil, que se requiere una mente muy honrada para mantenerse firmemente asido a la estricta conciencia, al honor, y a la verdad, y mirar los asuntos que le ocupan como si los tuviera que observar suponiendo que los descubriera de golpe como un extraño.

Y si tal es el efecto de perseguir ganancias en un individuo, sin duda será el mismo en una nación. Si el peligro es tan grande en un caso, ¿por qué va a ser menor en el otro? Más bien, considerando que las tendencias de las cosas es que salgan a relucir, cuando el tiempo y los números les den libre curso, ¿no es cierto que cualquier multitud, cualquier sociedad humana, cuyo objeto sea las ganancias, actuará por regla general según aquellos sentimientos y se formará en ese carácter que ha sido descrito antes? Con este pensamiento ante nosotros, es una consideración temible que pertenezcamos a una nación que en buena medida subsiste haciendo dinero. No voy a seguir la pista ni indagar si los males políticos especiales del momento tienen su raíz en ese principio, que San Pablo llama la raíz de todos los males, el amor al dinero. Solamente consideremos el hecho de que *somos* gente que hace dinero, poniendo delante las afirmaciones de Nuestro Salvador contra las riquezas y contra la confianza en las riquezas, y tendremos abundante materia para una seria meditación.

Por último, con esta triste visión ante nosotros de nuestra condición y perspectiva como nación, el ejemplo de San Mateo es nuestro consuelo, pues sugiere que nosotros, los ministros de Cristo, podemos tener gran libertad de palabra y manifestar sin reservas el peligro de riquezas y ganancias, sin nada de aspereza o falta de caridad hacia individuos que están expuestos al mismo. Ellos pueden ser hermanos del Evangelista, que dejó todo por causa de Cristo. Más aún, los ha habido en todas las épocas, ¡bendito sea Dios!, y en proporción a la fuerza de la tentación que los rodeaba está su beatitud y su alabanza, por ser capaces en medio de “las mercancías de los mares” y de “la gran sabiduría de su tráfico”, de escuchar la voz de Cristo, cargar con su cruz y seguirle.